

Escribiré de mi álbum  
 En la portada:  
 RECUERDOS DE UN POETA  
 PARA SU AMADA.»

Así, con versalitas lo pone el vate; pero ni aun así se ve la consecuencia.

¿Qué tiene que ver el que los ojos de la «niña de su mente» *la soberana*, la «hermana íntima de los negros pesares», llorando á mares (ya será algo menos) le digan al vate que la devoran tristezas ocultas..., qué tiene que ver esto con que el vate también tenga álbum y haga la majadería repugnante de escribir en él con la sangre que *brotaba... gota á gota* (manera nueva de brotar) del fondo de su herida: *recuerdos de un poeta para su amada?*...

Nada.

Cuando uno lee aquel «yo también» después de haber leído lo de las tristezas de la niña, cree uno que el vate va á decir: yo también lloro; yo también estoy triste; yo también soy devorado por las tristezas ocultas..., etc.

Pero no hay tal cosa.

El vate se contenta con decir: «Yo también escribiré con sangre...»

Y como de la niña no se dice que escribiera con sangre, resulta que el *también...* también está de sobra.

Como el *gota á gota* y como toda la composición...

Y hasta el vate.

## XI

¡Cuánta tontería será bueno que haya dicho otro vate llamado Pimentel, y además Coronel, á propósito, ó más bien á despropósito de un escollo...!

Hay que advertir que el tal vate es venezolano y que dedica su composición, ó lo que fuere, á César Zumeta, que regularmente será otro vate al símil, y en fin, que la composición titulada *El escollo*, es un verdadero escollo literario, digo, iliterario, donde se estrellan la razón, el buen sentido, el buen gusto y todas las demás cosas buenas.

Verdad es que esto último no era menester advertirlo, porque ya lo verán ustedes.

Principia el vate Pimentel y Coronel, diciendo:

«Tras la trémula curva...»

Principio que ya es bastante malc...



Porque ese *tras-la-tre...* es feo y duro. Pero no hay que parar tan pronto.

Adelante:

«Tras la trémula curva que levantan  
En su vaivén las olas,  
A veces como un náufrago parece  
Que forcejea con la *mar rabiosa...*»

¡Bueno!... Digo, malo... Porque esto de la *mar rabiosa* ó *marrabiosa* también es muy duro y muy feo.

¡Tienen un oído estos vates, aun siendo Pimenteles y Coroneles... que más bien parecen furrieles ó rancheros ó cualquier otra cosa baja!...

¡Cuidado con el vate!... ¡La marrrabiosa!... Podía muy bien haber dicho *furiosa*, que era un adjetivo menos impropio para la mar, y el verso entonces hubiera resultado menos desapacible.

Pero nada; estós vates así, siempre se van á lo más malo.

Continuemos.

Quedábamos en que

«Tras la trémula curva que levantan  
En su vaivén las olas  
(*Y en estas olas creo que estaría  
Menos mal una coma;  
Pero estos pobres vates inconscientes  
Hasta en la puntuación fallan ó sobran*)

A veces como un náufrago parece  
Que forcejea con la *mar rabiosa*,  
Que se sumerge en los rugientes vórtices  
Que en la extensión se borra...»  
(*Parece que es la mar quien se sumerge  
Y luego no es la mar, es otra cosa.*)

Sigamos á ver en qué para eso.

«Mas luego surge súbito...»

Bueno; era el escollo que parecía náufrago el que se sumergía en los vórtices rugientes y se *borraba en la extensión...*

Por cierto que esto de *borrarse en la extensión* no sé yo bien lo que quiere decir; pero probablemente el vate no lo sabrá tampoco.

Adelante.

«Mas luego surge súbito  
Y cual *faro de sombras...*»

¡Aprieta, manco!... que te alcanza un cojo...

¡Y cual *faro de sombras!*...

¡Miren ustedes que llamar á un escollo *faro de sombras!*

¡Y tanto como se ha reído la gente de aquel capitán instructor de quintos que definía la media vuelta á la izquierda diciendo que era lo mismo que media vuelta á la derecha!...

Y eso que aquel infeliz añadía: «Sólo que es todo lo contrario.» Pero el vate ni aun eso.

No hace más que llamar *faro* al escollo;



bueno, *faro de sombras*, y sigue tan cantante:

«Y cual *faro de sombras*...»

Vamos, que no me negarán ustedes que es una ocurrencia peregrina... ¡Llamar á un islote que apenas se ve porque está á flor de agua, *faro de sombras*!...

Por ese sistema podría el vate llamar á los hornillos que se emplean para poner piso á las calles, *soles de asfalto*... y podría cualquiera llamarle á él «Zorrilla pedestre» ó «Dante insulso», ó cualquier otra cosa por el estilo.

Veamos qué más cosas llama el vate al escollo.

«Mas luego surge súbito  
Y cual *faro de sombras*,  
Como *negra pirámide de hierro*  
Sobre lo verde de las aguas flota...»

Esto de la pirámide negra, y de hierro por añadidura, también es otra barbaridad; porque un escollo que, como dejo dicho, ha de estar á flor de agua, apenas descubierto unas veces, y otras veces del todo cubierto, y si no, no es escollo, no puede parecerse nada á una pirámide, ni negra ni blanca.

Y sigue el vate diciendo:

«Escollo formidable  
Del Océano aparición monstruosa,  
Allí se quiebran con fragor los vientos...»

No es verdad.

En un *escollo* no se pueden quebrar los vientos, ni con fragor ni sin él...

Los vientos pueden quebrarse con fragor en una roca que se levante mucho sobre la superficie de las aguas. Pero esa roca en que se puedan quebrar los vientos no se llama *escollo*.

¿Cree el vate que toda roca que se alza en el mar es un escollo, aunque sea más alta que la Giralda de Sevilla?...

«Escollo formidable...»

Bueno; formidable sí se le puede llamar; no porque sea grande y alto, que es lo que se entiende comúnmente por *formidable*, sino por el miedo (*formido*) que se tiene de naufragar en él.

«Escollo formidable  
Del Océano aparición monstruosa,  
Allí se quiebran con fragor los vientos  
Que de playas remotas  
Vienen trayendo los salvajes himnos...»

Que no sé por qué han de ser salvajes precisamente...

Unas veces serán salvajes y otras civilizados.

Figúrese el vate que los vientos que han de traer los himnos al escollo vienen de las remotas playas... de Venezuela... ¿Se atreverá el vate á llamarlos salvajes entonces?...



Siga usted.

«Allí la espuma *fúlgida*  
Que el oleaje *forja*...»

Esto de *forjar* la espuma también es un poco... dispartado.

Se conoce que el vate Pimentel no sabe de cierto lo que es *forjar*. Pero no sabiendo eso ni otras muchas cosas, ¿quién le manda meterse en honduras? Hubiera empleado un verbo más general, de esos que sirven para todo. Hubiera dicho, verbigracia, «que el oleaje *forma*», con lo cual no perdía nada el verso y desaparecía el desatino.

¡Qué afán de echar á perder las cosas!

«Allí la espuma *fúlgida*...»

También este epíteto es un poco atrevido; pero pase.

«Allí la espuma *fúlgida*  
Que el oleaje *forja*,  
Al *rudo* golpe con que estalla *unísono*  
Eternamente en la *escarpada roca*...»

¡Dale con la roca escarpada!... ¡Es que está pesadol!...

Vamos más adelante:

«Allí el pulpo *insaciable*,  
Engendro *horripilante* de la sombra,  
Halla su *húmeda* gruta, y en la inercia  
De su calma *espantosa*...»

Bueno; y ¿por qué ha de ser espantosa pre-

cisamente la calma del pulpo? Vamos á ver... ¿Cree el vate que para hacer buenos versos no hay más que poner epítetos á troche-moche?

Pase que el pulpo fuera *insaciable* y hasta *horripilante*, si se quiere. Pero lo de llamar *húmeda* á la gruta del pulpo, ya no está bien. Primero, porque de su peso se cae que, estando la gruta en el mar, tiene que ser húmeda por fuerza, y huelga decirlo; de modo que es un ripio aquel *húmeda*. Y además, el húmeda, precedido del pronombre *su*, resulta duro de pronunciar y estropea el verso. «*Su húmeda*...»

«Allí el pulpo *insaciable*,  
Engendro *horripilante* de la sombra,  
Halla su *húmeda* gruta, y en la inercia  
De su calma *espantosa*  
*Sueña* con el furor de las borrascas,  
Con seres muertos y con naves rotas...»

Me parece que esto de presentarnos al pulpo soñando, ya es abusar un poco... ¿No le parece lo mismo al vate...?

Y sigue:

«Allí la nave que arrojó al esqui...»

La primera impresión es de que la nave fue la que arrojó... Y la segunda también...

Se necesita leer el verso siguiente para sospechar que acaso la nave sea la arrojada, y otros dos versos más para saberlo de cierto.



Y habrá de convenir el vate en que esto de escribir de modo que el lector entienda al revés las cosas, no es una perfección ni mucho menos.

«Allí la nave que arrojó al esquife  
Corriente tormentosa  
Se abate, y deja en las agudas piedras  
En mil pedazos sus *deshechas lonas...*»

En mil pedazos deshechas sus lonas, habría querido decir el vate. Pero como así no había verso, acudió el vate á la trasposición, que le resultó infelicísima. Como que parece que la nave llevaba ya deshechas las lonas, sus *deshechas lonas*, antes de tropezar con el escollo.

Esto, aparte de que en un escollo no suelen romperse las velas de la nave; se la suelen romper la quilla, los costados, etc., pero no *las lonas*.

El vate, sin embargo, dice que

«Se abate y deja en las agudas piedras  
En mil pedazos sus *deshechas lonas*,  
Como un blanco sudario en los *sombríos*  
Y *abiertos* brazos de una cruz *marmórea...*»

O granítica, que para el caso sería lo mismo. ¿Por qué habrá de ser precisamente *marmórea* (no siendo por el asonante) la cruz de los *sombríos* y *abiertos* brazos para que resultara bien la comparación del sudario blanco y de las lonas?

Comparación que resulta una sosada, después de todo; porque siendo blancas las velas, ¿qué remedio tenían más que parecerse á un sudario blanco?

Naturalmente. Como una sábana se parece á otra.

Y ahora viene el golpe final, que es de lo mejor que puede darse.

Verán ustedes:

«Y *alma* de aquel escollo...»

Vamos á ver cuál es el alma... ¿Si será el pulpo, el bribón del pulpo soñador de que el vate nos habló antes?..

«Y *alma* de aquel escollo,  
Aladas ilusiones de la roca...»

¡Caracoles! ¡Una roca que tiene ilusiones... aladas, y que al mismo tiempo que son aladas ilusiones de la roca son alma del escollo!...

Esto es el disloque, como dice la gente de los barrios bajos...

«Y *alma* de aquel escollo,  
Aladas ilusiones de la roca,  
Allí también sobre la *negra sirte...*»

Que es la misma roca y el mismo escollo con otro mote...

«Y *alma* de aquel escollo,  
Aladas ilusiones de la roca,  
Allí también sobre la negra sirte  
Hicieron las gaviotas  
El nido de su amor...»



¡Sí! ¡Buena verdad!... No lo crea usted, vate, no lo crea. Las gaviotas no hacen el *nido de su amor*, como usted dice, en un escollo, descubierto á veces cuando baja la marea, y cubierto otras veces por las aguas, como usted mismo le pinta cuando dice:

«Que se sumerge en las rugientes vórtices,  
Que en la extensión se borra.  
Mas luego surge súbito...»

¿No ve usted que si anidaran las gaviotas en un islote así, barrido por las olas y aun cubierto á ratos, las olas se llevarían los nidos?

No; las gaviotas, que no son tan tontas como usted se figura, suelen posarse un rato en el escollo cuando las olas le dejan libre; pero anidar no anidan allí, anidan en las rocas de la orilla del mar, ó en las de dentro del mar, con tal que sean bastante altas para que el agua no las cubra nunca.

Esto á cualquiera se le alcanza, excepción hecha de algún vate que otro.

Bueno; quedamos en que no es verdad que las gaviotas hagan *el nido de su amor* ni ningún otro nido en el *escollo*, y siga usted.

«Y alma de aquel escollo,  
Ilusiones aladas de la roca...»

¡Ah! Se me olvidaba decir á usted que eso de llamar á las gaviotas alma del escollo por-

que se posen en él de vez en cuando es una simpleza, y lo de llamarlas además ilusiones aladas de la roca porque vivan en ella es una extravagancia muy grande, una majadería, mejor dicho.

¡Suponer que la roca tiene ilusiones y que esas ilusiones son las gaviotas!...

¡Vamos, hombre! Hay que ser más formal, Sr. Pimentel; aun escribiendo en verso, hay que ser más formal y no soltar semejantes desatinos.

«Y alma de aquel escollo,  
Aladas ilusiones de la roca,  
Allí también sobre la negra sirte  
Hicieron las gaviotas  
El nido de su amor (*Una mentira  
Es lo que dice usted, como una loma  
O un poquito mayor*) y en él saludan  
Las tempestades que el espacio azotan  
Las blancas velas que á lo lejos pasan...»

Todo palabrería hueca y sosa  
Que no servirá nunca para nada,  
Ni es poesía, ni arte, ni da gloria;  
Mas tenga usted en cuenta, vate incanto,  
Y nunca olvide usted, que las gaviotas  
No anidaron jamás en el escollo,  
Sino en las altas cimas de las rocas.

Ya ve usted, Sr. Pimentel, y Coronel y todo, qué cosa tan fácil es hacer versos sin decir desatinos.